En el segundo sentido obró en su cualidad tambien real de redentor y de salvador de los hombres; y como tal, quiso hacerle encontrar en María un refugio y un socorro en los caminos de la salvacion. Y asi como en la persona de Jesucristo una cualidad no destruye la otra, así tambien en sus palabras el segundo sentido no destruye al primero. La sabiduría y el amor de Jesucristo supieron unir y combinar estos dos sentidos, asi como él habia sabido reunir en sí estos dos caractéres, y cumplir sus deberes respectivos. Es propio de su poder divino y de la fecundidad de su palabra producir dos efectos con una sola operacion, significar dos pensamientos con una sola frase, llegar á dos fines por el mismo medio y cumplir dos designios con una simple disposicion. Nuestra adopcion es por consiguiente tan verdadera como la de S. Juan. Es muy cierto que María le fué dada verdaderamente por madre, pero esto no impide que nos haya sido dada tambien á nosotros con la misma verdad, y que las palabras de Jesucristo contengan tambien el misterio, el acta solomne de nuestra adopcion. (*Vease la nota quinta.*)

CAPITULO VI.

Hay tambien otra regla dada por S. Agustin para la interpretacion de los Libros santos, segun la que no todas las palabras, no todas las espresiones, los incidentes y las circunstancias consignadas en la Escritura tienen una doble significacion.

Hay algunas que no significan mas que lo que espresan literalmente. Ellas sirven solo para apoyar ciertos hechos que son verdaderamente misteriosos; y que, ademas del sentido histórico, encierran tambien

un sentido profético. Por lo mismo, tomadas separadamente solo tienen un sentido inmediato; ellas no tienen un sentido remoto sino unidas al todo de que forman parte. Asi es como, dice el mismo Santo, en una cítara solas las cuerdas sirven para el acompañamiento de la voz. Mas para hacerlas producir el sonido que se desea es necesario que estén estendidas sobre la madera labrada de cierto modo y de una figura especial. Aunque esta madera y esta estructura particular no tengan por sí mismas sonido alguno, son necesarias sin embargo para que las cuerdas puedan producirlo. El instrumento se compone de todo este conjunto, y produce sonidos armoniosos.

Mas, cómo se podrán distinguir los pasages puramente históricos de los que son al mismo tiempo proféticos y misteriosos? El célebre Cornelio de la Piedra dá una regla para poder hacer esta distincion. El observa que algunas veces se encuentran en la Escritura ciertos pasages que tomados literalmente, por mucho que se les quiera violentar no ofrecen ninguna significacion plausible, porque contienen espresiones y circunstancias que no convienen de modo alguno ó que solo convienen en un sentido hiperbòlico á la persona ó á la cosa que parace ser su objeto inmediato. Entonces se hace imposible concretarse al sentido inmediato; es necesario pues suponer y buscar en el dicho pasage el sentido misterioso y profético, pues que solo en este sentido pueden las espresiones que en él se encuentran tener una significacion natural, plena y perfecta. De esto tenemos un ejemplo en el libro segundo de los Reyes, en el que lo que se dice de Salomon no es literalmente cierto sino en cuanto á Salomon se sustituye Jesucristo. Asi es que cuando un pasage de la Escritura es profético, el testo sagrado lo anuncia por la oscuridad misma y la confusion que ofrece en el sentido próximo é inmediato.

Se puede tambien, para mayor inteligencia de esta regla, citar el salmo cuarenta y cuatro. Este es un epitalamio compuesto con motivo de las bodas de Salomon con la hija del rey de Egipto. El contiene espresiones sumamente elevadas, que tomadas literalmente no convienen mejor á Salomon que á su esposa. En él se dice del Rey que es el mas hermoso de los hijos de los hombres; que por lo mismo le bendijo Dios desde la eternidad; que el mismo Dios es su silla. Hablando despues de la Reina, se dice que su real esposo amó su belleza porque él es su Señor y su Dios, y que recibirá las adoraciones y los homenages; que toda la gloria de esta muger está interior y oculta; que ella tendrá hijos que serán mas ilustres que sus abuelos, y que ella los constituirá príncipes sobre toda la tierra; que por lo mismo los pueblos la reconocerán por madre, y le tributarán eternos homenages por los siglos de los siglos. Pues bien, todo esto es demasiado elevado, estas espresiones son demasiado sublimes para que puedan entenderse de Salomon y de su esposa; y si nos queremos limitar al sentido inmediato, el salmo parecerá hiperbólico hasta el esceso, y no tendrá un sentido plausible. El profeta nos advierte pues con tales espresiones que es necesario no limitarnos á la letra; que hay en ella un misterio, que esas bodas son la figura de una union mucho mas noble y mas augusta, es decir de la union de Jesucristo con su Iglesia. Porque solo aplicando estas espresiones á la Iglesia y á Jesucristo se encuentra en ellas una verdad exacta y rigorosa; y la esplicacion del Salmo se hace natural, conveniente y perfecta.

Lo mismo sucede en el Nuevo testamento cuando Jesucristo, despues de haber curado espontáneamente y ser rogado á aquel paralítico que por espacio de

treinta y ocho años padecia en el pórtico de la piscina le dice: Ya estás curado; guárdate de pecar, no sea que te suceda otra cosa peor. Esta circunstancia y estas espresiones del Señor, que parece no dar importancia á la enfermedad corporal con que aquel miserable se habia visto afligido por tan largo tiempo, nos dá á entender que este relato contiene, ademas de una historia verdadera, una figura y una profecía; y que la curacion real de la paralisis del cuerpo significa la curacion de las enfermedades del alma, que debemos esperar de la accion gratuita de la gracia.

Si aplicamos ahora esta doctrina al asunto de que tratamos, conoceremos á primera vista que el pasage del Evangelio que contiene la adopcion de S. Juan, encierra ciertas espresiones y ciertos giros que tomados únicamente en el sentido inmediato no se pueden esplicar. Esto debe hacernos conocer que hay en él un misterio oculto, y que estas palabras: *Hé ahí tu Madre*; *Hé ahí tu Hijo*, ademas del sentido inmediato encierran otro todavia mas notable y mas importante.

En efecto, en él vemos en primer lugar á Jesucristo dar á María el título de *muger*, y no el de *madre*. Mas, por qué en unas circunstancias tan dolorosas, por que la última vez que le habla como hombre pasible, no le dá el título de madre que le es debido con tanta justicia? S. Juan tampoco es designado por su propio nombre, sino por el nombre comun de Discípulo amado de Jesus. Es acaso S. Juan el único discípulo de Jesucristo á quien él ama tiernamente? No tenia el Señor otros discípulos que le fueron fieles hasta la muerte, que le amaron tiernamente y que fueron tiernamente amados?

En tercer lugar el Señor no dice á María: yo os destino yo os doy á Juan para que os sirva en adelante de hijo en lugar mio. Tampoco dice á S. Juan:

Yo os confio, yo os concedo á María para que sea en adelante vuestra madre. El dice simplemente á aquella: *Hé ahí tu Hijo;* y á este: *Hé ahí tu Madre.* Pues bien esta espresion *hé ahí* en su significacion mas comun y mas natural, indica una cosa ocurrida ya y que ya existe, mas bien que una cosa que debe suceder despues. Cuando dice: *Hé ahí tu Hijo*, es como si digera: *En este momento os habeis hecho madre;* y ved ahí en la persona de Juan el hijo que habeis engendrado; como si hubiera dicho á S. Juan: En este momento naceis á una vida nueva, y ved ahí en María la madre que os ha dado á luz. Finalmente la espresion de que el Señor se vale se parece mas bien á la declaracion de un hecho que se cumple en María independientemente de todo concurso estraño, que á la de una donacion ó de una disposicion libre de Jesucristo. Pues bien cómo dió á luz María á S. Juan al pie de la cruz, y cómo S. Juan nació de María?

Por otra parte, la verdadera madre de S. Juan, su madre segun la carne, no solo vivia entonces, sino que, segun S. Mateo, asistia tambien con las otras mugeres á la escena misteriosa del Calvario. Si pues en el momento en que María iba á perder á su propio Hijo, necesitaba del auxilio de otro hijo, San Juan cuya madre vivia todavia, no necesitaba de otra madre. Y si era justo qué á María, que se encontraba viuda, se diese un hijo que pudiese reemplazar á aquel de que iba á ser privada, no parecia justo que este hijo fuese arrebatado á su madre natural, y esto á sus propios ojos, para darlo á una madre adoptiva.

Tales son las dificultades que ofrece el testo sagrado que examinamos, cuando no quiere verse en él otra cosa que el acto de adopcion de S. Juan. Entonces se encuentra en él oscuridad y confusion;

y ciertas particularidades no pueden esplicarse. Pues bien, segun la regla que hemos indicado, esta confusion, esta oscuridad, estas dificultades que se encuentran para esplicarlo en el sentido histórico é inmediato, son una prueba de que este mismo testo contiene tambien un sentido misterioso y profético, y se nos dá á entender por lo mismo que el hecho merece mas atencion de la que parece á primera vista; que encierra en sí mucho mas de lo que parece; que una figura profética está oculta bajo la superficie de la verdad histórica; que es necesario, segun Dionisio el Cartujo, buscar otro personage bajo el velo del que se encuentra designado literalmente; y que las palabras dirigidas por Jesucristo, desde lo alto de su cruz, á María y á S. Juan ademas del misterio de la filiacion de S. Juan con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á S. Juan, encierran un misterio mucho mas elevado y mas importante. Misterio provechoso á un número mucho mayor, mas glorioso para María, y digno sobre todo de la situacion en que se encontraba entonces el Salvador del mundo; en una palabra el misterio de nuestra filiacion con respecto á María, y de la maternidad de María con respecto á nosotros que estábamos representados por S. Juan y comprendidos en él.

Observad en efecto como atribuyendo este sentido á las palabras del Salvador adquieren una significacion mas literal y mas completa; como todas las dificultades se desvanecen y todas las dudas se disipan; y como estas mismas espresiones, que á primera vista no ofrecen mas que dificultades, se encuentran despues con una exactitud admirable y una rigorosa precision.

Examinemos en primer lugar, dice Cornelio de la Piedra, porque en estas circunstancias tan solemnes

María es llamada *muger* y no *madre*. Al declararla Jesus nuestra madre, obraba en su cualidad pública de Redentor de los hombres, y no en su cualidad privada de Hijo de María. Debió por consiguiente valerse con respecto á María de una espresion que pudiese hacer comprender que en lo que iba á decir no miraba tanto á sus relaciones particulares con María, cuanto sus relaciones generales con los hombres cuya causa iba á sostener y cuya salvacion iba á obrar. No podia por lo mismo encontrar una espresion mas conveniente que la de *muger*, con la que parece quiso decirle: En este momento no tanto debo pensar en que soy vuestro hijo, como ocuparme de la salvacion de los hombres cuyo Redentor soy, y de quienes vos soy conmigo la coredentora; en esta cualidad yo os los doy por hijos. La palabra *madre* hubiera hecho mas plausible el sentido inmediato; pero hubiera oscurecido el santido misterioso y profético. La palabra *muger* lo descubre, lo indica y lo manifiesta en toda su grandeza y en toda su dignidad.

Examinemos tambien en segundo lugar por qué no dijo el Señor: *Yo te doy por hijo—Yo te otorgo por Madre;* sino solamente: *Hé ahí tu madre—Hé ahí tu Hijo.* Si en esta declaracion solemne se hubiera tratado tan solo de dar una recompensa á San Juan y un apoyo á María, la espresion, *Yo os otorgo por Madre—Yo os doy por Hijo*, hubiera sido mas adecuada y mas oportuna porque no habiendo María engendrado á S. Juan corporal ni espiritualmente, como hombre particular; este no podia llegar á ser su hijo sino por una donacion de Jesucristo. Y suponiendo que se trate de todos los cristianos y aun de todos los hombres, la espresion *yo os otorgo*, *yo os doy*, hubiera ocultado en cierto modo la parte que María habia tenido en el

nacimiento espiritual de ellos, y hubiera disminuido su gloria. Ella hubiera dado á entender en efecto que María se hizo nuestra madre gratuitamente por decirlo asi, y no con un título de justicia. Es por el contrario cierto, como veremos en su lugar, que María, segun S. Bernardino de Sena, nos dió á luz verdaderamente en el calvario á la vida de la gracia, por su cooperacion amorosa al misterio de la redencion; que en el órden de la salvacion de los dolores de María, asi como el amor del eterno Padre y los padecimientos de su Hijo, nos dieron el ser á todos, y que en aquellos preciosos momentos se hizo María rigorosamente nuestra madre por la inmensidad de su amor y la generosidad de su martirio. Por consiguiente queriendo el Señor manifestar que obraba este misterio en María y por María, en cuanto que ella estaba unida con el espíritu y con el corazon al Redentor del mundo, se conoce que esta espresion: *He ahí tu Hijo*, es la única adecuada y oportuna, porque equivale á decir: *Muger, vos acabais de dar á luz en este momento; y ved ahí ante vos el Hijo á quien habeis dado el ser.* Este hijo es el pueblo cristiano, del que S. Juan es á un tiempo mismo las primicias y la figura. Este hijo es vuestro y verdaderamente vuestro, no solo porque yo os le doy liberalmente, sino tambien porque ha nacido verdaderamente de vuestro amor y de vuestros dolores. Yo no hago otra cosa que mostrárosle, declarando vuestra gloriosa fecundidad.

Por la misma razon, examinemos tambien por qué en presencia de su propia madre segun la carne, dió á S. Juan otra madre en la persona de María. Esto consiste en que cuando se trata de un nacimiento puramente espiritual, se puede muy bien tener una segunda madre, de la que se recibe, segun el testo sagrado, un nacimiento puramente divino; aun cuando se

conserve tambien la madre que nos ha dado á luz por la concupiscencia y los deseos de la carne y de la sangre. Y asi como la vida de la gracia es la verdadera vida, la vida completa y perfecta; asi la que nos ha engendrado á esta vida, es mucho mas que nuestra madre, segun la carne, una verdadera madre, una madre por escelencia, en cuya comparacion nuestra madre por naturaleza, la que nos concibió y dió á luz en el pecado, ni aun merece ser nombrada. No hay pues cosa alguna mas conveniente ni mas exacta que esta espresion: *Hé ahí tu Madre.* Tomada en el sentido inmediato parece oscura; pero se hace clara, enérgica y de una exactitud sublime, cuando se toma en el sentido profético y misterioso que Jesucristo tuvo presente mas particularmente.

Finalmente, se comprende tambien por qué S. Juan no es llamado por su propio nombre sino por la palabra genérica de *Discípulo amado de Jesus*, *Discípulo muy amado de Jesus.* En efecto, suponiendo que S. Juan entraba en participacion del misterio, no ya como hombre privado, sino como una persona pública que representaba la iglesia, nada mas justo y mas natural que verse designado por un nombre comun á todos los verdaderos hijos de la iglesia, y que por lo mismo puede significar su ministerio de representante de ellos. Pues bien, el nombre propio de alma fiel, de hijo de la iglesia, es precisamente el de muy amado. Efectivamente, en el libro de los Cantares se dice: *No desperteis á mi muy amada.* Y el mismo Jesucristo dijo: *El que me ama, será muy amado de mi Padre y de mí.* S. Juan que en estas circunstancias representaba á todos los fieles, no podia ser pues designado sino con el nombre de *Discípulo muy amado de Jesucristo.* Esta sola espresion genérica con que es designado basta, como observa el docto Sylveira, para hacer conocer que se trata aqui de un misterio universal que comprende no á un

solo hombre, sino á todos los hombres á los que conviene la calificacion de *Discípulo muy amado de Jesus.* Por consiguiente, las palabras del Señor son la declaracion mas ámplia y solemne de que la Madre de Jesus se hizo la madre de todos los cristianos.

Asi pues, no solo el tiempo, el lugar y las circunstancias en que fué hecha esta tierna declaracion; no solo las funciones sublimes de sacerdote, de víctima y de Redentor de los hombres, que el Hijo de Dios ejercia entonces; sino los términos mismos de ella, que no tienen un sentido claro y completo, sino en cuanto se refieren á un objeto mas ámplio y mas elevado, todo nos demuestra que ella contiene igualmente el título sagrado, el acta auténtica de nuestra adopcion por hijos de María; y que, como dice San Agustin, María se hizo entonces la madre de todos aquellos que viven segun el espíritu; ó como afirma S. Ambrosio, la madre de todos los que creen como cristianos.

La palabra *muger*, usada por Jesucristo en estas circunstancias misteriosas, en vez de la de *madre*, nos descubre un misterio todavia mayor, que la palabra madre hubiera oscurecido.

El real Profeta dice que Dios nunca se ha olvidado de su cualidad de Padre, y que aun en los trasportes de una justa indignacion escitada por nuestros pecados, y en el ejercicio de su justicia, siempre se ha acordado de su misericordia.

Pues bien, esta conducta de Dios con respecto á los hombres se manifestó desde el principio del mundo de una manera especial, con ocasion del primer pecado de que el hombre se hizo culpable en su presencia. En efecto, en el momento mismo en que su justicia, sumamente irritada por la culpa de Adan, pronunciaba la sentencia que le condenaba, á él y á toda su posteridad, á la esclavitud, á la maldicion y á la muerte, hizo la promesa de un Redentor por el que debiamos

ser rescatados, bendecidos de nuevo y vueltos á la vida. Yo estableceré, dice á la serpiente, una enemistad entre tí y la MUGER, entre tu raza y la suya. Ella quebrantará tu cabeza, y envano tratarás tú de morder su calcañal, ó como dice el testo original, tú romperás su calcañal.

Es muy cierto, dice S. Agustin, que la *serpiente* á quien fueron dirigidas estas palabras, era el demonio; y que la *muger* cuyo elogio se hace es María. No puede, en efecto, suponerse que Dios, por la *muger* de quien habló á la serpiente, quisiese designar á *Eva* que acababa de ser seducida por la misma serpiente, y que habia prestado tan fácilmente sus oidos y mucho mas aun su corazon á sus mentirosas promesas. Existia por lo mismo una conformidad de pensamientos y de efectos entre Eva y la serpiente. Se habia establecido entre ellas una conformidad en su plan de rebelion, de elevacion y de orgullo en perjuicio de la obediencia que debian á Dios. La obra del pecado habia establecido entre ellas una especie de sociedad y de amistad. La enemistad verdadera, real y perfecta entre la muger y el demonio, ha sido la de María. Ella tuvo con Eva una conformidad de naturaleza, mas no de espíritu. Ellas tuvieron de comun la sencillez, mas no la ligereza, la credulidad, la desobediencia ni el orgullo. Estraña María al espíritu de la serpiente y llena del espíritu de Dios, no quiso sino lo que Dios quiere, y aborreció todo lo que quiere la serpiente. Ella fué mucho mas humilde que Eva orgullosa; mucho mas dócil, fiel y sumisa, que Eva indócil, incrédula y desobediente. Jamás la vanidad envaneció su espíritu; jamás la curiosidad tuvo entrada en su corazon, y jamás la serpiente encontró una brecha por donde penetrar en su alma. María pues, fué verdaderamente aquella *muger* entre la cual y la serpiente reina la division mas absoluta de interés y de intenciones, la oposicion mas

directa de deseos y de conducta y la enemistad mas profunda, una enemistad irreconciliable y eterna. Esta enemistad ha sido obra de la gracia con que Dios la previno, y del Espíritu Santo del que Dios la llenó; por consiguiente solo en María se cumplieron á la letra estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tí y la muger.*

La debilidad, la temeridad y la malicia de Eva habian dado á la serpiente una posteridad, una raza, y los hijos de Eva pecadora pertenecian al demonio como á su padre. La firmeza, la humildad y la santidad de María la hicieron madre de Jesucristo, y en Jesucristo de todos aquellos á quienes su gracia y su sangre han hecho renacer, y que por lo mismo tienen á Jesucristo por verdadero padre. Los hijos del demonio, los que componen su posteridad, son todos los pecadores, los viciosos, los injustos, los que, como Eva, tienen un espíritu de orgullo, de mentira, de odio y de perversidad. Los hijos de Jesucristo, los que componen su familia, y por lo mismo la familia de la *muger* ó de María que es la Madre de Jesucristo, son todos los que, como María, tienen la fé y el espíritu de Jesucristo, el espíritu de humildad, de pureza, de sinceridad y de amor. Son todos los verdaderos cristianos, los santos y los justos. De estas dos razas se formaron dos pueblos á quienes S. Agustin llama las dos ciudades: Jerusalen y Babilonia; la ciudad del amor divino, y la ciudad del amor de sí mismo; la ciudad fundada sobre los intereses del siglo presente, y la ciudad fundada sobre los intereses del siglo futuro; la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; la Iglesia verdadera, y el mundo condenado por Jesucristo y escluido de su oracion. Ved aquí por qué entre estas dos razas, entre estos dos pueblos, entre estas dos ciudades existe una oposicion invencible de pensamientos, de sentimientos y de acciones; y hay entre ellas una enemistad, una

guerra encarnizada é implacable que durará hasta el fin del mundo, porque el odio recíproco de sus respectivas cabezas se ha comunicado á sus descendientes, y se perpetuará entre ellos. El espíritu de Dios y su gracia elevan un muro de separacion entre la familia elegida y escogida y la familia culpable y reprobada; y de este modo es como se cumplen todavia estas palabras de Dios á la serpiente: *Yo estableceré una enemistad entre tu raza y la suya.*

El demonio habia ensayado en vano contra María las asechanzas que le habian hecho triunfar de Eva: todos los artificios empleados para atraerla á sus caminos habian sido burlados. El sustituye, pues, el furor del leon á la astucia de la serpiente, y se arroja con una rabia ciega sobre su hijo, que le inspiraba mas inquietudes y mas temores aun que su madre. El mismo Jesucristo se lo permite con estas palabras: *La hora es llegada en que se os ha concedido lo mismo que á las potestades de las tinieblas, prevalecer contra mí.* El demonio se empeña entonces en maltratarle del modo mas bárbaro, y como lo habia anunciado Isaías, en quebrantarle y molerle en su carne pasible y mortal, haciendo desgarrar á azotes aquella carne santa y divina, y haciéndola atravesar con los clavos. Pues bien: siendo la carne lo que habia de menos noble, como el calcañal, por decirlo asi, en la persona de un Dios incarnado, y teniendo Jesucristo esta carne de María, se cumplió tambien la otra parte de la profecía de Dios á la serpiente: *Tu quebrantarás el calcañal de la muger.*

Mas, qué puede la astucia de la serpiente contra la sabiduría de Dios? Jesucristo habia ocultado su divinidad bajo el velo de su humanidad, y María su virginidad bajo el velo del matrimonio. Jesucristo habia eclipsado su magestad sometiendose á toda especie de tormentos y de oprobios, que parecian

absolutamente incompatibles con su orígen divino; y María habia ocultado su dignidad sufriendo la pobreza, las necesidades y los dolores que parecian igualmente incompatibles con su divina maternidad. Los dos habian ocultado bajo las apariencias de una violencia esterior la libertad y el amor con que María ofrece á su Hijo, y Jesus se ofrece á sí mismo por la salvacion del mundo. El demonio por el contrario, calculando segun su orgullo la manera con que debiera mostrarse un hijo que tenia al mismo Dios por padre, y de una madre que tenia un Dios por hijo, no comprendió el misterio profundo de una flaqueza voluntaria, concentida y aceptada, y que tenia su raiz en un corazon abrasado por la caridad divina. Engañado por la semejanza esterior de la carne de Jesucristo con la de los pecadores, no vió, dice San Leon, la santidad exenta de la sombra misma del pecado, y que distinguia á Jesucristo de todos los demas hombre; él creyó que el segundo Adan descenderia del primero, no solo por la carne, sino tambien por las obras; y que heredaria su culpa, lo mismo que su naturaleza; él le miró como uno de los esclavos que el primer pecado habia sujetado su imperio.

Por esta razon tuvo la audacia de someter á su poder tiránico, de azotar y de crucificar á la santidad misma, en la que no habia podido descubrir el menor vestigio de pecado; y por este acto de horrible injusticia, por haber maltratado é inmolado á su crueldad á aquel que nada le debia, al nuevo Adan, á la cabeza del pueblo santo, perdió los derechos funestos que la temeridad del primer Adan le habia hecho adquirir sobre un pueblo de réprobos. Jesucristo en el Calvario no quebrantó la cabeza de la serpiente con el esplendor de su divino poder, es decir con su cabeza, sino con su humildad, con la miseria y la flaqueza de su humana carne, es decir

con sus pies, con su calcañal, con esta parte del cuerpo la mas distante de la cabeza y la mas próxima á la tierra; y este mismo calcañal, ó esta misma carne que la serpiente habia quebrantado sirvió para quebrantarla á ella. Ella no pudo hacer al calcañal ó á la humanidad del Señor mas que heridas pasageras que muy pronto fueron cicatrizadas; y ved aquí que ella á su vez no solo tiene herido el pie, sino quebrantada la cabeza; y esta herida le es comun con todos los príncipes de las tinieblas cuyo imperio destruyó. Pero bien, siendo Jesucristo el verdadero Hijo de María, habiendo recibido de María la carne con que alcanzó una victoria tan señalada, es indudable que este triunfo pertenece tambien á María; que en la persona de su Hijo y por medio de su Hijo clavado en la cruz, ella tambien quebrantó la cabeza de la serpiente. Asi se cumplió tambien la otra parte del divino oráculo que anunciaba que la muger quebrantaria la cabeza de la serpiente con el mismo calcañal que la serpiente habria quebrantado.

Por medio de Jesucristo su Hijo, en cuyo sacrificio tomò María la parte mas importante, no solo quebrantó en el Calvario la cabeza de la serpiente, sino que, como se esplicará mas latamente en la segunda parte, se hizo tambien, en todo el rigor de las palabras, la madre de todos los hijos de Dios, de todos los verdaderos cristianos, de toda la Iglesia, de una posteridad que jamás le faltará hasta el fin del mundo.

En el dia de la Anunciacion se hizo María madre de Jesucristo ó de la Cabeza; pero solo en el Calvario le fué concedido adquirir la maternidad sobre los miembros de esta cabeza ó sobre los fieles que componen la Iglesia; porque allí fué donde la Iglesia nació de las heridas y de la sangre de Jesucristo.

Jesucristo es hijo de María; la Iglesia que es la familia del uno, se hizo por consiguiente la familia y la posteridad de la otra. S. Juan, aquel discípulo fiel y amado de Jesucristo fué el tipo y la figura. En efecto, sus cualidades y sus virtudes espresan vivamente las cualidades de los verdaderos hijos de Jesucristo y de María.

No puede pues dudarse que la profecía del Génesis, que anunciaba una enemistad entre la muger y la serpiente, y que la descendencia de María unida á su cabeza quebrantaria la cabeza de la serpiente y humillaria su orgullo, no puede dudarse repito, que esta magnífica profecía, la mas antigua de todas las profecías relativas á las grandezas de Jesucristo y de su santísima Madre tuvo su cumplimiento en el Calvario. Luego por un rasgo, por un rayo de su luz y de su sabiduría divina fué por lo que Jesucristo en el Calvario dió á María el título de MUGER, y no el de madre; pues que con esta misma palabra habia Dios designado á María cuatro mil años antes. Jesucristo nos manifiesta y nos revela que esta MUGER del Calvario es la misma MUGER de que se habló en el paraiso terrenal; y que el misterio de su maternidad sobre los hijos de Dios y de su triunfo sobre la serpiente, anunciado tantos siglos antes, recibe su cumplimiento. Despues añade Jesus: *Hé ahí tu Hijo*. Como si le hubiera dicho: O María! en este momento en que estais unida á mí por una conformidad perfecta de pensamientos, de sentimientos y de afectos, en este momento en que inmolais en mí y conmigo, ved ahí que vos sois la MUGER, la MUGER perfecta, la MUGER por escelencia que quebranta la cabeza de la serpiente. En este momento os haceis madre de una posteridad santa; y ved ahí que Juan es el tipo y la figura de los hijos, no que nacerán, sino que han sido ya dados á luz por vuestro amor

y por vuestros dolores; y esos hijos son verdaderamente vuestros.

Por lo dicho se colije lo que debe pensarse de esos intérpretes que apoyados en la autoridad de un antiguo poeta, dicen que Jesucristo llamó á María *muger* y no *madre*, para no afligirla mas ni desgarrar su corazon maternal, porque el título dulce y tierno de *madre* le hubiera hecho sentir demasiado la diferencia infinita que habia entre el Hijo propio y legítimo que perdia, y el hijo edoptivo que se le daba como en compensacion, lo cual hubiera aumentado sus penas y desgarrado mas cruelmente su maternal corazon. Es decir que esta interpretacion, aunque piadosa no corresponde á la dignidad del Redentor que pronunció estas sublimes palabras, ni á la de la Coredentora que era el objeto inmediato de ellas. Si se admite de este modo, ella sola rebaja en cierta manera uno de los misterios mas sublimes que se cumplieron en el Calvario y que Jesucristo se dignó descubrirnos para hacernos conocer que en aquellos momentos solemnes tenia muy presentes los Libros santos; que iba á cumplir todo lo que él mismo habia hecho consignar en ellos; que el Antiguo Testamento fué una figura continua del Nuevo, y que el Nuevo descubre los misterios del Antiguo, ocultos bajo el velo de la alegoría y de la figura; que los dos se prestan mútuamente una luz divina que los esplica, los prueba y los confirma; que son como dos columnas que se sostienen mútuamente, y forman, como dice S. Pablo, el fundamento sobre que se eleva el edificio triunfante, grande y magnífico de la verdadera Religion.

Despues de haber consignado la verdad del misterio, es tiempo ya de considerar el modo con que Jesucristo nos hizo el don precioso de María para que nos sirva de Madre, y las consecuencias que de aqui se deducen. (*Vease la nota sesta.*)

CAPITULO VII.

Es doctrina comun de los Libros Santos que las dos alianzas hechas, la una con el pueblo hebreo y la otra con el pueblo cristiano, fueron concluidas en forma y bajo los términos de un testamento. Moisés, al anunciar la primera, dijo á los Hebreos: Esta es la sangre del testamento que Dios ha hecho en vuestro favor; y Jesucristo, al anunciar la segunda en la última cena, repitió en cierto modo las mismas palabras de Moisés, como para manifestar que la antigua alianza era el tipo y la figura de la nueva: Esta es mi sangre, dijo á los Apóstoles, la sangre del nuevo testamento. Ved aquí por qué la parte de los Libros Santos que contiene las constituciones y las leyes, la historia y las vicisitudes de la primera alianza, es llamada el Antiguo Testamento; y aquella en que se trata de la nueva alianza es llamada el Nuevo Testamento.

Estas dos alianzas aunque semejantes en el nombre, se diferencian sin embargo tanto como la cosa figurada se diferencia de la figura, el original de la imágen, la realidad de la sombra, el espíritu de la carne y el hombre de Dios.

En efecto, el primer Testamento fué concluido por el ministerio de Moisés, que aunque revestido de una mision y de un carácter divino, no era sin embargo mas que un hombre, mientras que el segundo se realiza por el ministerio de Jesucristo, hijo de Dios y Dios en sí mismo, á quien S. Pablo llama por lo tanto el mediador del Nuevo Testamento. El primero, segun el mismo Apóstol, fué escrito con una tinta misteriosa sobre tablas de piedra; y el segundo